

civilización, las asociaciones no alcanzaron hasta el siglo XIX un desarrollo que las permitiese, no sólo sustituir, sino también aventajar con mucho en influencia á la institución de la Edad media, tanto para el mal como para el bien.

Bajo la influencia siempre creciente sobre las teorías políticas y sociales de Rousseau, expuestas con todo el encanto de una elocuencia deslumbradora, así como bajo los impulsos del mundo poético de Shakespeare que se había abierto poco á poco en Alemania, la marcha templada de la despreocupación había tomado un movimiento más rápido, convirtiéndose en el último tercio del siglo en impetuosa carrera de asalto. La nueva generación nacida á mediados «hecha tinta» era adulta. A los despreocupados de coleta y redécilla siguieron los rebeldes «genios originales,» «genios forzudos,» los «asaltadores» y «empujadores» con «cabezas de suecos» y fraques á lo Werther. Un espíritu pronunciado en rebeldía agitaba á los círculos que pretendían instruidos, oscilando entre las tradiciones de lo pasado á la esperanza anhelante de redención de esas tradiciones. La literatura se hizo petulante, revolucionaria, aventurera, procediendo con extremada irrespetuosidad contra todo lo senil y rancio, contra la tiranía de toda disciplina, contra lo nimio y pedantesco. Sus campeones eran extrañas figuras, y si su modo de proceder difería aparentemente mucho en el poeta, músico, patriota y mártir de Suabia, Schubart; en el austriaco Fersler, capuchino y francmasón; en el suizo Lavater, vicario de San Pedro de Zurich y apóstol de un cristianismo inspirado, y finalmente en el «Mago del Norte» de la Prusia oriental, aquel Hamann, que combinaba tan maravillosamente sus oráculos la Biblia y el genio, todos se distinguían, sin embargo, por la misma extravagancia temeraria, agitada é inquieta. Una especie de embriaguez se había apoderado de los ánimos, incluso los más reposados, y por doquiera resonaba el grito pidiendo la abolición de las modas francesas, en el sentido más lato de la palabra, la liberación del servilismo de instituciones decrepitas. ¡Guerra á los curas! ¡Abajo los déspotas! ¡Naturalidad y libertad! eran los gritos que se oían en toda Alemania.

Los acentos del elevado idealismo de aquel período borrascoso se dejaban oír siempre en medio de todas las variaciones, y allí donde no se rugía ó se gritaba, murmurábase y se profesaban silbidos. Este idealismo anhelante, fué el que pocos años después de celebrarse la alianza de los poetas de Gotinga en el norte protestante de Alemania, inspiró entre los católicos del mediodía la orden revolucionaria de los iluminados; este idealismo fué igualmente el que dió origen á las exageraciones de un compañerismo erigido en culto religioso entre los hermanos Lorenzo-Dosen, del círculo de Glein, en Halberstadt, y del de Jacobi, de Pempelfort, así como entre los visitantes del cenáculo místico-católico-platónico de la princesa Gallitzin en Munster, y los individuos del conventículo pietista de los Stolberg y Reventlow, en Holstein. Este idealismo fué también el que permitió á Herder adquirir el conocimiento cosmopolita de los sonidos del arpa gigantesca de todas las poesías populares; el que arrancó á Goethe sus más tiernas canciones de la juventud; el que puso en manos de Werther la pistola suicida, y en la de Schiller la pluma con que escribió los *Bandidos*, inspirada manifestación de aquella época borrascosa, cuyos dolores y esperanzas, cuyos deseos y luchas titánicas condensó después el autor del *Fausto* en el poema universal de la Edad moderna. Y esa misma presión idealista indujo en Berlin á las damas de gran tono á dejar el corsé y el guarda-infante, para presentarse

en público «vestidas á la griega,» cosa que ciertamente no era más revolucionaria que la pomposa oda de un poeta berlinés, que en un periódico de Berlin celebró el feliz éxito de la guerra de la independencia americana, diciendo lo siguiente:

Y tú también, Europa, levanta la cabeza,  
Que al fin llegará un día  
Que independiente seas  
Y expulses á tus reyes rompiendo tus cadenas



Una confesión tan explícita, que revela tales aspiraciones republicanas en el Berlin de Federico el Grande, y en aquella Prusia que el Italiano Alfieri llamaba un «cuerpo de guardia,» demuestra cuánta era la fermentación caótica de aquel tiempo.

Pero en Italia, el movimiento revolucionario era esencialmente literario; ya hemos dicho cómo y porqué; y ahora nos resta hablar del hombre que parecía haber nacido para dirigir este movimiento literario, señalándole el camino recto, pues por su actividad crítica asemejábase á Lessing; su oído era sumamente sensible á todas las armonías de la poesía universal, y podía reproducirla y darla á conocer á su pueblo. Este hombre era Juan Godofredo Herder (1744-1803), de Morungen, en la Prusia oriental, mediano poeta, pero dotado de gran inspiración para la poesía. Lessing y Herder eran, uno el iluminado, y el otro el genio; la crítica de Lessing desmoronó piedra por piedra el edificio de las alucinaciones; la de Herder le derribó de golpe. Pasar de la crítica á la creación, como lo hacía Lessing, no era posible para Herder, pero en cambio tuvo el no escaso mérito de ser un lazo de unión tan delicado como sólido entre la cultura clásico-pagana y la romántico-cristiana, así como también entre

el conocimiento erudito y la creacion original. Herder enseñó á los autores alemanes á estudiarse á sí mismos, aconsejándoles que prefiriesen siempre lo original, lo natural y popular. Durante los años que Goethe fué estudiante en Estrasburgo, hizo por él, en particular, lo que



FUNDACION DE LA «ALIANZA DEL BOSQUE»

habia hecho por la literatura alemana en general; es decir, desvió al amigo, así como á la poesía alemana, de las reglas francesas, mostrando al uno y á la otra el mundo de la Biblia, de Homero y de Shakespeare. En sus *Voces del pueblo en canciones* (1778) expuso el fruto de su gran actividad fecunda y fecundante como intérprete universal, y con esta publicacion abrió á sus contemporáneos una verdadera «fuente de juventud.» Los escritos científicos de Herder demuestran del modo más satisfactorio la alianza de la ciencia y el arte alemanes efectuada en la unidad superior de la literatura nacional. En el dominio científico, aquel hombre universal mostróse tambien iniciador feliz, sobre todo tratando más racionalmente las cuestiones



GOETHE Y FEDERICA BRION

teológicas y de la ciencia histórica, al cual debe su fundamento filosófico. En suma, Herder produjo uno de los mejores libros del siglo en sus *Ideas sobre la historia de la humanidad* (1784); pero sus opiniones sobre la política cosmopolita nunca le hicieron olvidar, por lo demás, que era alemán, y con patriótico dolor, al contemplar el imperio corrompido y desmoronado, exclamaba en 1778, rebelándose contra José II:

«¡Oh emperador, jefe de noventa y nueve príncipes  
Y de Estados numerosos cual las arenas del mar,  
Dadnos aquello que deseamos:  
Una patria alemana!»

Este acento patriótico, mucho más resuelto en el cosmopolita Herder, ¡cosa notable! que en el teuton Klopstock, resonó después con todo el vigor de la juventud en la *Alianza del bosquecillo*. Era el tiempo en que florecían los almanaques de las musas y celebraban alianzas los poetas. Boie, que fundó en 1770 el almanaque de las musas de Gotinga, había promovido también la alianza de los poetas de Gotinga, en la cual se mezclaba singularmente el patriotismo de los antiguos bardos con la más delicada ternura. Juan Enrique Voss (1751-1826), natural de Sommerdorf, en Meklemburgo, que era el alma de aquella alianza, nos ha descrito la fundación idílico-fantástica en su oda «El roble del juramento», donde refiere cómo en la tarde del 12 de setiembre de 1772, paseando con algunos de sus amigos por el campo, se les ocurrió de pronto jurar la «Alianza de amistad», y hallándose en un pequeño robledal iluminado por la luz de la luna llena, exclamaron:

¡Ah! mirad el poderoso  
Roble de la amada patria,  
Cuál desarrolla su germen  
Y hacia el cielo se levanta.  
De súbito trasportados  
Por una idea entusiasta,  
Coronados de follaje  
Y con la diestra alargada,  
Juramos alianza eterna  
A aquel á quien fué otorgada  
La santa chispa del genio;  
A quien conoce y ensalza  
La fuerza de la verdad,  
Y lo bueno y bello acata,  
Lo que es noble y lo que es puro  
Al que con acierto y maña  
El país rige y gobierna,  
Nuevo Orfeo....

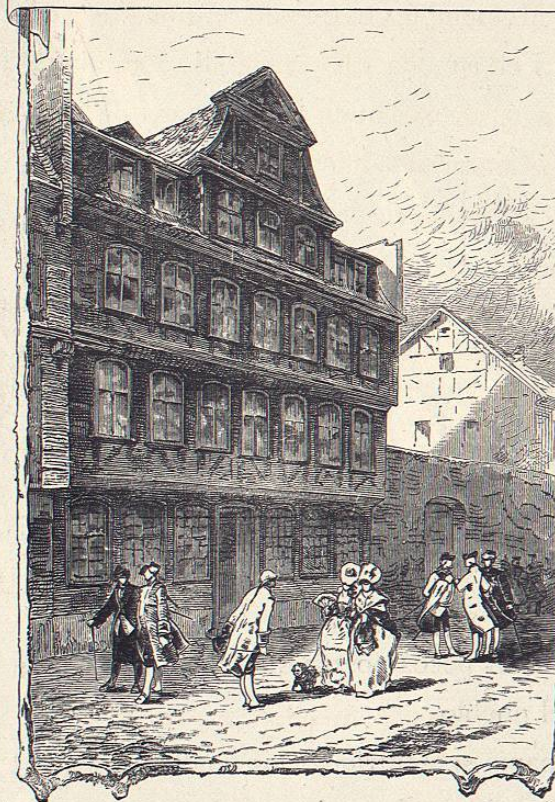
Estos versos demuestran hasta qué punto tenían elevadas miras aquellos entusiastas jóvenes al celebrar sus alianzas; soñaban para su poesía una influencia estética y patriótica que ejerciese sobre sus contemporáneos una acción inmediata; pero como observó Merk, muy juiciosamente, no resultaron, en resumen, «más que tonterías.» Las esperanzas concebidas por los que celebraron la alianza del bosque no tardaron en desvanecerse; el grito del bardo de la libertad, exagerado hasta la locura en el conde Federico de Stolberg, debía producir muy pronto náuseas en todos los que pensaban con la ridícula sensibilidad que manifestó otro aliado

del bosque, un tal Miller, en su llamada novela religiosa *Siegwart*. Sólo dos individuos del grupo de los poetas de Gotinga, Voss y Burger, tuvieron una importancia duradera, debiéndose advertir, que el segundo por lo menos, no había tomado nunca parte en las exageraciones de los aliados del bosque. Voss llegó á ser un verdadero racionalista, y durante toda su vida defendió valerosamente los derechos de la religión y del pueblo, observando con su Ernestina, á veces en medio de dolorosas angustias, una vida ejemplar en su honrada medianía, la cual contrastaba notablemente con la ligereza y pocas consideraciones que entonces se dispensaban al matrimonio, y con la liviandad que después propagó y puso en moda el romanticismo.

Como poeta, Voss tuvo el gran mérito de poner en relieve la poesía de la existencia del pueblo, la poesía doméstica y la de la escuela. A decir verdad esta poesía era algo casera, pero en los idilios tormento de su vida, escribió el magnífico *Canto del Solitario*, reconoció muy pronto que las abstracciones de Klopstock no podían ser de una utilidad duradera para la literatura alemana; y el mismo recto juicio que le aconsejaba escribir poesías populares, indújole también á componer baladas, las cuales apropió á la poesía alemana, después de haber ejercitado su talento en los romances ingleses sacados á luz por Percy. Así compuso su balada del *Cazador salvaje*, su canto del *Hombre de bien*, su *Leonor* y otras poesías del mismo género, que por la feliz elección del argumento, la precisión del dibujo, la viveza del colorido, la facilidad de la versificación y la amenidad del lenguaje han impresionado el espíritu y el corazón de tantas generaciones,



CASA NATAL DE SCHILLER



CASA NATAL DE GOETHE

de Voss, en su *Luisa* y en su *Tamm*, en los cuales canta las virtudes de la pastorcilla y del honrado maestro de escuela, respírase algo de esa honestidad propia del pueblo alemán. Con su traducción de Homero (1781), que mostraba por primera vez á los alemanes el mundo antiguo, Voss prestó un gran servicio á la cultura nacional; toda la historia de la literatura correspondiente á los últimos dos decenios del siglo pone de manifiesto cuán provechosa fué aquella traducción por el torrente de luz y de bellezas difundido en la literatura.

Godofredo Augusto Burger (1748-1794), natural de Wolmerswende, que en honor de su Molly, dicha y